

1 Timoteo 6:11-16

1 Timoteo 6:11-16

Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos. Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.

Muchos de los periódicos y revistas de mi país han tenido artículos últimamente acerca de las muchas personas que han reconsiderado sus prioridades a partir de la destrucción de las torres gemelas en la ciudad de Nueva York. La diversión, el dinero, la bolsa de valores, muchas cosas que para mucha gente habrían sido su razón por existir, repentinamente no parecían tan importantes. El hogar, la familia y la iglesia repentinamente comenzaron a ocupar un lugar mucho más prominente en los pensamientos de muchas personas.

Nuestro texto fue dirigido originalmente a un joven pastor llamado Timoteo. Fue para animarlo a ser fiel en su ministerio. Sin embargo, lo que Pablo dice a Timoteo refleja la voluntad de Dios para todo cristiano. Nuestro texto nos llama a todos a reconsiderar nuestras prioridades, y a ver qué es lo que conviene para el hombre de Dios. Nuestro tema para esta mañana va a ser **LO QUE CORRESPONDE AL HOMBRE DE DIOS**. Veremos que debe haber 1. conducta recta en este tiempo; 2. anhelo del futuro; 3. conciencia del Dios a quien sirve.

El texto comienza con las palabras: “Mas tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas”. Las cosas específicas que Pablo ha mencionado son la avaricia y el amor al dinero. Ciertamente el amor al dinero es un grave peligro para un pastor, porque le puede tentar a callar verdades importantes por temer ofender a alguien que contribuye mucho para sostener la congregación. Lo puede llevar a desatender las necesidades de su congregación en su afán por obtener algo más remunerativo. Debe recordar que aun el pastor, o tal vez especialmente él, puede poner en peligro su alma si permite que el obtener dinero llega a ser la primera

prioridad en su vida, y no la fidelidad al Señor que lo ha llamado.

Sin embargo, los mismos peligros en otras formas pueden amenazar a cualquier cristiano. En Colosenses Pablo advierte a todos los cristianos contra la avaricia, diciendo que es en realidad una forma de idolatría. “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría” Col. 3:5. Cuando el amor al dinero reemplaza el amor a Dios y al prójimo, habrá el peligro de cometer pequeños fraudes en nuestro negocio, ausentarnos de la predicación de la palabra de Dios porque “hay que chambear”, y en general “caer en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hundan a los hombres en destrucción y perdición” y finalmente “extraviarse de la fe y ser atormentados con muchos dolores”.

Al contrario, Timoteo, y cada uno de nosotros, debemos recordar que somos “hombres de Dios”. No lo éramos por naturaleza, sino que éramos hijos de la ira, lo mismo que los demás (Efe. 2:3). Sólo la gracia y la misericordia de Dios, que envió a su propio Hijo a este mundo para cargar con nuestros pecados y librarnos de nuestra culpa y castigo al pagarlo todo él mismo en la cruz del Calvario, y que luego nos llamó por medio de su evangelio del perdón en Jesucristo a creer en su Hijo y así gozar de su perdón y ser sus hijos, nos ha dado este noble título de hombres de Dios. Todo el dinero en el mundo no podía comprarnos ese estado feliz y bienaventurado. Seguramente no queremos perder todo esto menospreciándolo y entregándonos de nuevo al ídolo del Mamón.

Todo lo contrario. Pablo amonesta a Timoteo y a nosotros: “sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre”. Primero menciona la justicia. Como nuestro Dios es recto y justo, el que es un hombre de Dios debe mantener la justicia y la rectitud en su vida. En gratitud porque ha sido justificado, llamado justo por Dios mismo, cubierto con el manto de justicia de Cristo, sin ningún mérito de su parte, también tratará de progresar todos los días en tratar con justicia a sus semejantes y andar con rectitud conforme al mandato de Dios que resume los mandamientos: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Puesto que tenemos una carne pecaminosa que siempre queda injusta, esto no sucederá automáticamente. Hay que luchar diariamente por practicar esta justicia. Debemos “perseguir” esta y otras virtudes, como el cazador persigue a su presa.

Además, debemos perseguir la piedad, la debida relación con Dios, escuchando y meditando en su palabra, orando a él, y en todo cultivando lo que es conforme a la piedad. Debemos crecer

en fe. Es cierto, aun una chispa de fe puede salvar. Pero nuestra fe es constantemente amenazada, y una fe que no progresa está el peligro de extinguirse. Esto vendrá sólo si nos refugiamos diariamente en las abundantes promesas de gracia que están en su santa palabra. Debemos practicar el amor. Es lo que hemos recibido de Dios, aunque no lo merecimos; él no se contentó con sólo una vaga expresión ni una emoción pasajera. Más bien Dios nos amó hasta el extremo de dejar su trono celestial para llevar la vida de un siervo aquí y luego entregarse a la muerte para beneficiar a nosotros. Frente a este ejemplo de amor, el cristianismo que puede prescindirse de acciones de amor hacia el prójimo será pura hipocresía. “En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia y que no ama a su hermano, no es de Dios” 1 Juan 3:10. Por otro lado dijo nuestro Salvador: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado” Juan 15:12.

Además, debemos crecer en paciencia. Esto sucederá cuando mantengamos nuestros ojos en Cristo y sus promesas en medio de las aflicciones de esta vida. “La tribulación produce paciencia”. Y debemos procurar con anhelo manifestar mansedumbre, ser considerados con los demás. Tenemos el ejemplo de Cristo que “cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente” 1 Pet. 2:23.

Pero ¿cómo vamos a encontrar la fuerza y la inspiración para constantemente perseguir todas estas virtudes? Ya hemos indicado en parte la fuente, Miramos atrás al gran amor de nuestro Salvador que él ejerció hacia nosotros, la consideración y paciencia que él demostró para con nosotros que somos tan débiles e inconstantes en su servicio. Encontramos fuerza para hacerlo cuando contemplamos a él en la cruz muriendo por nosotros que somos tan indignos.

Pero no sólo tenemos que mirar atrás. También podemos mirar adelante para ver el maravilloso futuro que Dios tiene preparado para nosotros. También corresponde al hombre de Dios mirar con anhelo al futuro.

Pablo nos recuerda que fuimos llamados para obtener ese gran futuro. Nuestro texto lo denomina sencillamente como “la vida eterna”. En un sentido ya tenemos la vida eterna. El que cree en Cristo ha pasado de la muerte a la vida. Pero el goce pleno de ese gran don que nuestro Salvador obtuvo para nosotros en la cruz todavía queda en el futuro, y hay mucho que amenaza nuestra llegada allí. El diablo, que anda alrededor buscando a quién devorar, el mundo con su indiferencia o abierta hostilidad al evangelio, y sus ejemplos de pecado y perdición, y nuestra propia carne con sus deseos pecaminosos. Por eso Pablo nos

exhorta con tanta energía: “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna”.

La expresión “pelea la buena batalla” se toma realmente de las competencias atléticas. No pases la vida con desgano, no sea que pierdas la victoria final. El entrenador del equipo de fútbol americano de mi estado una vez dijo, ganar no es lo mejor, es lo único. Cuando se trata de la carrera cristiana esto es totalmente cierto. Lo que cuenta no es haber sido un cristiano en algún tiempo, sino perdurar hasta el fin, porque Cristo promete: “¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida!” Para retratar la urgencia de mantener siempre vigorosa la esperanza del futuro, Pablo nos dice: “echa mano de la vida eterna”. No debe ni por un momento debilitarse nuestro apretón de la meta final de nuestro llamamiento, la vida eterna. No debemos dejarla escapar de nuestras manos.

Timoteo había dado una buena confesión de su fe delante de muchos testigos. Tal vez fue en la ocasión de su bautismo, cuando expresó su fe en Cristo como el que le había redimido y rescatado de su pecado y su condenación, que le prometía por su sola gracia la vida eterna. Debe mantenerse fiel ahora a esta profesión. “Te mando delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y de Jesucristo, que dio testimonio de la buena profesión delante de Poncio Pilato, que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión”. El mandamiento en este contexto seguramente trata de toda la palabra de Dios que le había sido encomendado para que la predicara y defendiera contra todos los adversarios. Sólo esa palabra pura que proclamaba la salvación únicamente por la fe en Cristo podría mantener la atención en la gloria futura, la vida eterna. Sólo ese mensaje podía salvar a los oyentes. El evangelio es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”.

Tal vez pensemos que esta parte del texto se aplique solamente a los ministros de la iglesia que tienen la responsabilidad de enseñar la palabra en su pureza. Sin embargo, Pablo alabó a los de Berea que investigaron todas las cosas que él les habló, comparándolas con las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Walther nos recuerda que la misma responsabilidad la tienen todos los miembros de la congregación cristiana ahora también. Después de todo, ni nosotros ni nuestros hijos llegaremos al cielo por ninguna otra enseñanza sino la del evangelio de Jesucristo como Dios lo reveló en la Escritura. Cuando el pastor o maestro enseña conforme a la Escritura debemos recibir su enseñanza con toda gratitud y gozo. Pero si él se aparta de la sana doctrina, y rehúsa corregir su enseñanza, debemos considerarlo un anticristo más bien que un fiel maestro cristiano.

Así, como valoramos la promesa de la vida eterna, los pastores y maestros como Timoteo tienen el encargo de predicarlo fielmente para que todos tengan su vista fija en la gloria que Cristo nos promete, y los miembros tienen la obligación de vigilar para que sólo ese mensaje se oiga en sus congregaciones. Cristo mismo en circunstancias donde la fiel confesión le costaría su vida dio la buena profesión ante Poncio Pilato.

Murió para cumplir su misión, pero con esto entró en su gloria, una gloria que será plenamente revelada en su manifestación al fin de los tiempos. Y nosotros debemos mantener la buena confesión de nuestra fe y mantener la doctrina salvadora pura en nuestras iglesias hasta ese día. Entonces Dios Padre revelará que su Hijo que se humilló a la muerte y muerte de cruz ahora goza de toda gloria, con “un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre”.

Para animarnos a la fidelidad y la lucha de la fe, para animarnos a fijar nuestra vista siempre en nuestra gloria futura, debemos también estar conscientes del Dios a quien servimos. Pablo termina nuestro texto con una hermosa doxología, una alabanza del Dios que nos ha prometido y preparado la salvación. Lo describe como “el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno”.

Se describe como el único y bienaventurado soberano. El presidente Toledo, el presidente Bush, el primer ministro Blair o el Mullah Omar pueden pensar que gobiernan, pero lo hacen sólo con el permiso y bajo la autoridad del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, si lo reconocen o no. Él es el rey de los que reinan, el Señor de los que se señorean. Son responsables a él y él los juzgará. Cuando Osama Bin Laden y los Talibán amenazan con destrucción a todo el mundo cristiano, debemos recordar que Dios promete que las puertas del Hades finalmente no prevalecerán contra su iglesia, sino que terminará en la absoluta seguridad y paz eterna del cielo. La iglesia puede sufrir muchas tribulaciones por las presiones de los más diversos gobiernos de este mundo, sin embargo, no dejaremos que la vida eterna escape de nuestras manos, sino daremos la buena confesión de nuestra fe, y Cristo mismo nos reconocerá delante de su Padre que está en los cielos, en una gloria que ni podemos imaginar en nuestra condición presente. Si recordamos que él verdaderamente merece toda honra y todo imperio siempre, y que por medio de Cristo nosotros gozaremos de sempiterna comunión con él, hallaremos la fuerza para vivir cada día más

como un hombre o mujer de Dios, diariamente recibiendo
perdón y fuerzas de él para hacerlo. Dios lo conceda. Amén.